

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

Eco mes 8 rs.
Trimestre 21.

FUERA DE ELLA.

Trimestre 30.

NÚMEROS SUELTOS
DEL ECO UN REAL.

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

CARTAGENA IULSTRADA

Trimestre. 28 rs.

Fueraid. . . . 34.

NÚMEROS SUELTOS
de Cartagena Ilustrada 2 rs.

EL ECO DE CARTAGENA

Punto de suscripcion
CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA EPOCA.)

Madrid y Provincias

Corresponsales
de la casa SNAVIDA

Ju. ves 21 de Enero.

El Eco de Cartagena.

LA GUERRA.

Es una verdad innegable que la desorganizacion del ejército en tiempo del gobierno radical y los desórdenes federalistas y cantonalistas en tiempo de la república, dieron ocasion y medios á los carlistas para robustecerse, aumentar sus filas y darles una organizacion fuerte. Esto hemos dicho siempre; esto salta á la vista de todo el mundo y no puede negarse.

Pero esta verdad no debe exagerarse y extenderse hasta hacerla causa única de la guerra; y como observamos de algunos dias á esta parte una tendencia en ciertos círculos y periódicos á suponer que el absolutismo y el ultramontanismo en España estaban muertos y que sola y exclusivamente les han resucitado los desórdenes cantonales, queremos combatir ese error, que puede ser funesto á las instituciones liberales y á la monarquía que desde el 30 de diciembre ha venido á representarlas.

El principio absolutista y ultramontano en España perdió su fuerza para imponerse por medio de las armas desde 1840. hace 35 años; pero no estaba muerto, impotente para vencer en lucha abierta, habia tomado las fórmulas del liberalismo, y con las armas que le daba la libertad trató de conquistar por la astucia lo que no habia podido obtener por la fuerza. Tuvo, pues, periódicos, aunque abominaba la libertad de imprenta; tuvo diputados á Cortes, aunque refractario á la libertad de la tribuna; tuvo centros de reunion, aunque enemigo de este derecho, en las épocas en que dominaba el elemento popular, sus amigos se presentaron exagerando las pasiones; y, por el contrario, en aquellas en que dominaba el principio de autoridad le hacian rodear de sus adeptos y de sus instrumentos.

Con esta táctica llegó á tener una

influencia á veces proponderante en el estado, y últimamente nociva al trono que aparentaba defender y al cual se habia adherido como planta parásita para vivir á espensas de su vida y medrar á costa de su decaimiento.

La intentada reforma de 1852 no fue mas que una manifestacion de lo mucho que habia ganado desde 1840 en influencia y medios de accion la causa vencida en los campos de Navarra. Aquel fué un paso aventurado: el liberalismo se rehizo, y el ultramontanismo absolutista hubo de ceder; pero no perdió las esperanzas. Ocho años despues verificaba la intentona de S. Carlos de Rápita, suceso que la historia aclarará en su dia y que los contemporáneos no conocen en todos sus curiosos, interesantes y escandalosos pormenores.

Los hijos del antiguo Pretendiente, D. Carlos y D. Fernando, instrumentos de la reaccion teocrática, fueron hechos prisioneros, debieron su salvacion á la clemencia del trono, publicaron un papel dando las gracias y reconociendo á la reina, y cuando estuvieron en el extranjero, á donde les llevó un buque del Estado, se desdijeron de lo que habian dicho; práctica muy en armonía con el espíritu y los procedimientos de la faccion rencorosa, fanática é intransigente que se valia de sus nombres.

Vino la revolucion de 1868: se exageró el alcance dado á las libertades, y el ultramontanismo se aprovechó de la expansion de los primeros momentos para arrogarse el derecho de gritar desde sus periódicos y hasta en la tribuna de las Cortes: Viva Carlos VII. Hubo mas: los diarios absolutistas escitaban todos los dias á que se formasen clubs que cuidaran de reunir armas y recursos; hombres desatentados de los partidos liberales les acogieron en coalicion nefanda para combatir al gobierno existente, y ellos se aprovecharon de la libertad y de la coalicion para organizarse en son de lucha, así como antes se habian aprovechado de la autoridad del trono para estender su influencia.

Llegó el caso de que la fraccion carlista en las Cortes fué árbitra de las votaciones y de las resoluciones de la Asamblea; y cuando puestos de acuerdo con el ultramontanismo europeo creyeron el momento propicio, se retiraron los diputados del Congreso y el absolutismo teocrático dió el grito de insurreccion.

Se habia enganado otro vez mas: acudieron fuerzas al Norte, acudió el duque de la Torre: el bando absolutista ultramontano se encontró falto de los recursos con que habia contado é hizo el convenio de Amorevieta. Los liberales, siempre confiados é indulgentes, creyeron en las promesas y seguridades de los fanáticos, y pronto tuvieron ocasion de ver lo que valian.

Continuaron los trabajos de zapa, se organizaron los comités ultramontanos en España y en el extranjero, viniendo la desorganizacion del ejército y los desórdenes federales á darles la ocasion que esperaban; y entonces tomó la guerra las proporciones que por ahora tiene.

De esta sucinta relacion, apoyada en los hechos y cuya exactitud nadie puede negar, se desprende que el elemento absolutista y teocrático que bulle y se agita desesperadamente en España, auxiliado y animado por el extranjero, no murió en los campos de Vergara, sino que ha vivido y se ha nutrido entre nosotros, tomando, como Proteo, multitud de formas, segun cuadraba á sus fines, levantando la bandera de guerra en el campo cuando creia llegado el momento oportuno, haciéndose demagogo en los clubs, cantonal en Cartagena y Valencia, adulando y rodeando á los poderosos en la corte, teniendo instrumentos en todas partes.

Ahora bien: al espíritu absolutista y teocrático que con tal tenacidad pugna por dominar entre nosotros, no se le desarma con concesiones y transacciones: tomará lo que le den y peleará por el resto. El no hace concesion ninguna ni la ha hecho nunca, sino con el propósito de volver á la lucha en la primera ocasion

propicia. Su representante genuino es aquel que simbolica los tiempos antiguos, la influencia teocrática omnipotente, la intolerancia fanática y el absolutismo régio en toda su plenitud.

La monarquía de Alfonso XII no representa ni podia representar eso, en nuestra opinion representa precisamente lo contrario, y por lo mismo creemos que el absolutismo teocrático nunca transigirá con la monarquía moderna sino cuando sea vencido, bien y debidamente derrotado en los campos de batalla, de modo que no vea medio de obtener nada por la violencia. Entonces hará su mision, no pudiendo hacer otra cosa, y volverá á sus antiguas mañas, hasta que el trascurso del tiempo, la civilizacion, penetrando en todas las esferas, la luz del progreso moderno, iluminando los oscuros antros donde hoy se refugia y alimenta, vayan estinguendo ese espíritu que durante siglos ha tendido su velo tenebroso sobre la sociedad española.

A la lucha, pues, y á la victoria. El ejército, entusiasmado con la presencia del monarca por él aclamado con tanto entusiasmo, no dudamos que dará una prueba mas de su heroísmo; tiene todos los elementos necesarios para pelear y vencer. La ocasion ha llegado, el tiempo es favorable: creemos que se aprovechará.

Decimos hoy lo que deciamos hace mas de un mes cuando marchó al Norte el duque de la Torre. No es un paseo militar el que va á darse: hay dificultades graves que vencer, peligros que arrostrar, enemigos numerosos y bien parapetados que combatir. Pero esos obstáculos hay que arrollarlos si se quiere pacificar la nacion; á esos enemigos hay que vencerlos en ruda y mortal pelea si se quiere sacar algun fruto de los sacrificios hechos, y sin sufrir y sin pelear y sin vencer no es posible imaginarse que va á concluir la guerra.

(Politica.)